

HÉCTOR AZAR

LOS TRANCOS DE MIS REVISTAS LITERARIAS

Para la Revista de la Universidad
en su cincuentenario

Ejemplos de las virtudes ocultas de los literatos que las hacen, muestrario de sus virtudes teologales, son las revistas literarias. Especies de deshago cuando no perecen prematuramente ahogadas por la falta de timidez, las veleidades, las penalidades o la obsesión de los escritores esculpiendo la soberbia estatua de su soberbia en tránsito a la inmortalidad. Lucha de clases sociales e intelectuales,... diría el reconocido profesor Carlos González Peña; declaración de principios y actos de fe, esperanza y caridad,... Gutiérrez Nájera o López Velarde; tránsito de fuego que hablará por sí propio... don Enrique González Martínez. Y así, por el estilo los conoceréis. Porque del conocido ejemplo tomado del emperio moruno de *La ilustración española y americana*, cuya crónica general aseguraba que los gobiernos solamente sirven para descomponer los relojes, fluía suavísima la recomendación de que en épocas inflacionarias lo mejor para sobrevivir es el consumo de la "carne líquida", como una especie rara de violettes ideales, inmejorable para los escritores que ayudan con frecuencia. Y que se publi-

que bien eso de que yo no ejerzo de prestamista y que, cruzando el pórtico y a manera de prólogo, güelvo a las revistas literarias que me desnutrieron y me sobrealimentaron.

Que yo sepa, ninguna publicación medianamente culta le ha ofrecido una comida a los marinos en el país que atracan. En cambio a los soldados sí. Los filósofos y los poetas parecen fomentar el buen entendimiento que los movimientos revolucionarios provocan o pregonan, así como la mejor comprensión de los conceptos de moda. Curiosa y justamente, los artículos de fondo y los poemas fraguados en la intimidad de la R. M. —léase República o Revolución Mexicana— prolongan aún la tesis de que *sigue siendo injusto el destierro de Lucifer de los infiernos*, y que finalmente éste triunfará echando de los cielos a San Miguel y sus ángeles. Con esta tesis dejaron de sorprendernos por extravagantes las ideas más alocadas, por las que en las páginas de cualquier revista literaria empezaron, con todo derecho, a tener o a temer cabida. Nos seguirá chocando que la propaganda oficial se apoye —carente de imaginación como siempre lo ha sido— en la gastada cantaleta de que "aspiramos al poder para poder arreglar este país", empezando por componer los relojes oficiales.

Secciones hubieron en las revistas literarias de mi casa, cuyas páginas impolutas o disolutas estaban sobresaturadas de relatos teatrales,... automovilísticos o de vistas cinematográficas (automovilísticas, les digo, ya que un poco antes, la *Casa del Lago* funcionaba como sede del *Automóvil Club* y se anunciaba monda y lironda; aparte de que en ella se sirvieron banquetes intelectuales que no volverían a verse, como aquel banquete de bodas en el que el primero modernismo le entregó las arras al modernismo postrero. Osculo de fuego de la verborrea pirotécnica, pirófaga y piromaniaca de Jesús Urueta, quien, representando a la exaltada intelectualidad europea, abría una encuesta sobre la guerra europea. Banquete de bodas en que el bohemio calló y ningún acento se atrevió a profanar el sentimiento etc., etc., etc.... *Spaulding* se convierte en el nombre (la marca, *trade mark*) más popular entre los jóvenes y niños de mi generación amante de las *bellas artes* y de la *literatura* / diferenciación notable ésta, que años después se consagrarían académicamente con la creación decretada del Instituto Nacional de Bellas Artes y... ¡Literatura! = INBAL y sic. / En los tablados y en las salas de visitas se recetaban *Siboney* cada vez que Valentino succionaba a Pola Negri o al productor Pola, no recuerdo; las crónicas del gay-tovar con profundas consideraciones acerca de la vida artificial y su correspondiente higiene de los deberes, los placeres y los dolores que estos suelen acarrear. Todo ello como antecedente fatal del psicoanálisis que invadirá la literatura a partir del primer literato que se psicoanalizó. Con ello, las páginas de las revistas literarias adquirieron en casa palpitante ac-

AL FREIR SERA EL REIR



Mientras más Bandos expide
El jovencito Corral,
Más el pueblo se decide
Las cárceles á llenar.



DIRECTOR: JESUS MARTINEZ CARRION
DESPACHO: CALLE DE SAN ILDEFONSO NUMERO 9

tualidad, sobre todo en artículos de corte tellement domestico como *El idealismo moral de Francia* de A. Caso. Igual pasó con las opiniones de un economista corsetero — amigo íntimo de una eximia cómica a la que el amor del público le puso el sobrenombre de Vera Vergani — acerca del cinematógrafo derrotando a los foros teatrales. El corsetero decía: "Y si la patria no fuera más que la taberna en la que se canta, sería preciso amarla todavía"; para quedar todos complacidos. Y por el *Arbeu* — decía la Vera — el ramplón de Manolo Casas en el papel de Chironi, de *La manzana de oro* (— *Sangre por aquí, ... Sangre por allá, ... ; y el hijo de mis entrañas, ¿dónde está?* —). Manolo, con más triceps que facultades, ... a tal punto, que cuando empezó a dar vuelo literario a los brazos, la mano diestra andaba por la testa coronada del ciudadano que había pagado la luneta treintidós, mientras la siniestra estropeaba los muros del telón de fondo, que llevaba un paisaje de Constantinopla. ¡Recopla!

Vía Madrid-Barcelona-Veracruz-Puebla-Atlixco llegaba a casa *La ilustración artística* (¡vaya modas!), periódico de literatura, artes y ciencias, asentado en el puntico y el primorcico que lle-

garía a imponer la novedosa distinción entre *artes* y *magias*. España nos acercaba a su seno mediante una nueva especie del suplicio de Tántalo en la fama de la *harina lacteada y goteante* H. Nestlé, junto con su antidoto liberador; *El apiol de los Dres. Josset y Homolle*, para los retardos, dolores y supresiones de los menstruos. Estos Dres. obtuvieron sendas medallas en Londres (1862), París (1889) y Amberes (1894). Su arribo a casa — de *La ilustración*, naturalmente — se esperaba para ayudarnos a sobrellevar la sobremesa de la sobrecena, sin rebasar un minuto más de las nueve de la noche del reloj oficial; hora en que la luz se cortaba por debilidad de los dinamos de la planta "Emilio Portes Gil". Las nueve de la noche que, en el universo poblano, sucede al ocho de la *Divina Infantita*, como el seis antecede al siete cabalístico número fatal en la voz del barítono de Argel Emilio Tuero. Seis y nueve, por lo tanto, contienen singular simbología en las revistas literarias llegadas — de la España de nobles muros, en esos tiempos en guerra consigo misma — a la bóveda celeste de la Puebla de Zaragoza, conceptuada como el último reducto hispano en manos de los árabes despatriados.

De esas revistas se piratearon más de treintinueve novelas por entregas que Carolina Invernizo le asestaba a las tranquilas familias de conciencia tranquila y campesina. Provincieras familias transparentes, tersas como el torso del agua rebotada; turbias aguas y rocabrunas familias en el cabronazo de la educación recibida en casa por C.O.D. La educación del "Orden y el Progreso" de G.B., nutrida por la caballería andante del chisme — andante presto e sigilioso —, cuando aún el chisme no se titulaba de cabra, grilla o cotorreo. Tibieza de lo murmurante amoral con la ruptura del diente hincado en la piedra filosofal de las familias. La ética educacional de lo estético que prefiere *hacer sentir* — ¡Ay que bonito se siente! — que *hacer pensar* — ¡Hay que pensar para hacer y no hacer para pensar! (sic). La estética de la educación como ruido verbal, como erupción del volcán Popocatepetl advirtiéndolo: — ¡Mira qué niño tan feo, cómo llora! — Quitate de ahí esa mano, porque te vas a poner feo. — ¡Pareces un horrible idiota y te estás quedando así por tanto y tanto! — ¡Qué niño tan lindo, qué bonito responde, qué bonito me mira, qué bonito recula, qué bonito se empina! ¡Se parece al Niño de la Azucena! ¡Igualito a Chopin cuando era niño! — Ustedes, no se revuelvan, pásense para este lado.

Estas revistas literarias dejaban un suave rumor representado por imágenes que corrían por los andadores esparciendo olores de albahaca que la hermana, para siempre callada, transformaba — poesía en voz alta — en cristales de lluvia humedeciendo el próximo capítulo. Ese rumor, fragmentado en los fantasmas negruzcos de la harina lactante, decantaba el inmenso vacío y lo depositaba sobre el mantel con flores estampadas. Eran las novelas

CARNAVAL POLITICO Y RELIGIOSO



Con careta

por entregas, la aguda timidez de la provincia ante el derrumbe de lo sobradamente pedante; el *laisser-faire*, *laisser-passar* de mi cultura pop haciendo estragos en mis entrañas, enseñándome a leer en el silabario de San Miguel que expulsó al demonio, de San Rafael que mató a la araña, de San Gabriel que ahorcó al pez; de Baraquiel que comió sosa cáustica para lavar sus culpas y le cortaron la lengua para hacerla polvo de estrellas en ese mortero olmeca que se llama *molcajete*, con su pala de piedra de ónix o alabastro que, en la diestra mano materna, se batía inclemente con la musicalidad de la palabra *te-jo-lo-te*. Percusiones wagnerianas triturando palabras del profesor Popoca en la piedra lisa de los pupitres como metates, en el estertor pétreo de los lavaderos enseñándome a leer en el país del oro ausente, de la tierra verdísima ausente, de la oscura geografía que sigue sin conocer el sabor de la fruta madura, también ausente.

A la profesora Juana de Dios Crisoldi (sin parentesco alguno con la señora Barbero ni con Balbina Santillana) le encantaba escucharnos repetir la promesa estricta de *Paquito* a su madre afortunadamente muerta prematura. Obsesa Juana de

Dios, además, de las flatulencias (dolores flatosos) de Acuña, la eterna señorita Crisoldi —con su bienmerecido bocio que le daba un continente de ensoberbecido guajolote literario— descosía el infinito hueco del entretenimiento pequeñoburgués que, en derredor de la mesa, producía la hermana desolada cuando clamando a gritos y moviendo los brazos como David la onda vengadora —poseía en voz alta—, nos cortaba la sobremesa de la sobrecena, entre las quejumbres rotas de *Siete mujeres y un beso*, de *Abandonada en su noche de bodas*, de *Lo que sólo el hombre puede sufrir*, para acabar con las lacerias del desgraciado *Herrero* de Felipe Derblay. Al final, la Crisoldi, trémula y patética como ella sola en el acto ritual de la trepanación que le había asestado el Dr. Baz para extirparle el bocio como si se tratara de un incandescente recuerdo de amor, se prendía de mí hasta desgarrarme la ropa para decirme: ¡Sí,... amor conduce noi ad dura morte! Sí, le contestaba yo. Ahora recuerdo que durante los tiempos de la trepanación y su convalecencia, se organizaron en casa abrumadoras tertulias literarias para pedir que sanara pronto y en la que todos llorábamos y comíamos muy a gusto leyendo a Pie-

EL MONOPOLIO DE LA CARNE EN PUEBLA

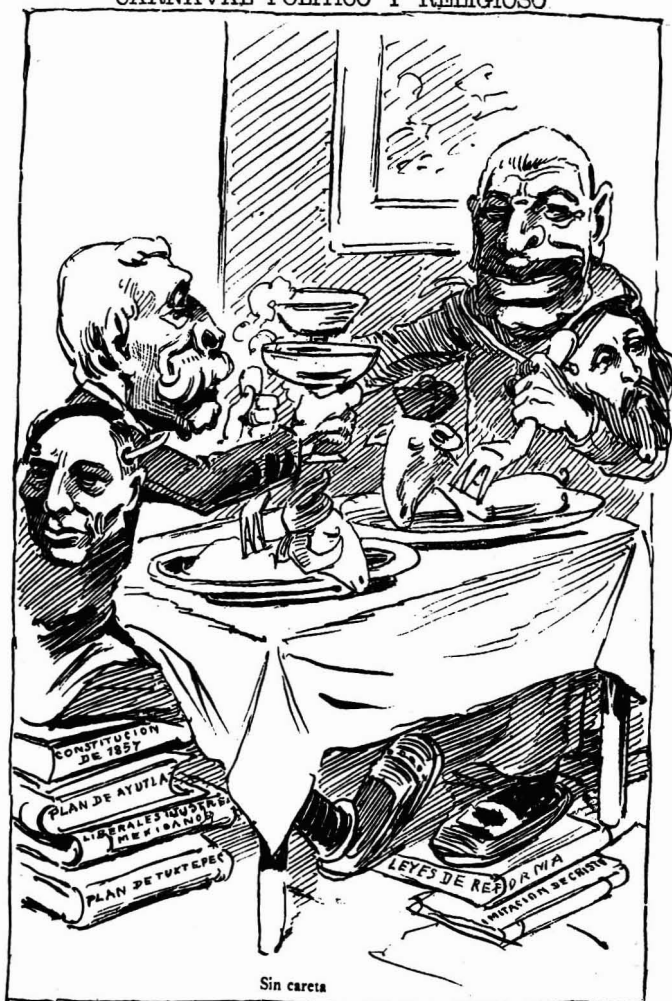


Método de selección
Que produce doble afecto:
El suprimir la Prisión
Y dar al Tercero

rrer Loti, con pequeñas cucharadas de agua de azahar para los nervios.

En torno de esa mesa —Ave. Independencia Núm. 6, bajos, derecha—, la palabra del hombre casi no se escuchaba sino solamente para emerger de la harina lactante H. Nestlé y superarla a pesar de las esposas adictas a la literatura. Esa palabra viril estaba reservada para repetir discursos en inglés, francés e italiano (ese último por la cercanía con Chipilo). Las imágenes, entonces, se volvían cenicientas que cuidaban la justa pronunciación aplatanada del idioma español que esa revista importaban, y conservarla para la ocasión propicia en que llegaba algún conspicuo visitante sobradamente extranjero. Los discursos viriles indicaban la buena educación de sinodales sustentada en inglés, francés o italiano (éste último por la cercanía con Chipilo): *Móchaz* (inglés) *graziás* (francés) *siñore* (italiano o chipileño).

Hasta que, junto con las revistas literarias tradicionales, estos acentos educacionales, indicadores de una instrucción esmeradamente culterana, se fueron perdiendo de acuerdo a tratados y convenciones internacionales. Esto fue así y a tal punto, CARNAVAL POLITICO Y RELIGIOSO



que únicamente un célebre personaje de la talla de *Nepomuceno* —el gringo antagonista de *Jilemón Metralla y Bomba*— y la pocha *Cuatlaneta* —paráfrasis a la longilínea y succulenta actriz Acquanetta Navarone— los conservaran ya bien entrados los cuarenta. El gálico y el itálico modos se desvanecieron entre las garras y las burlas literarias de las generaciones posteriores a *Contemporáneos*. En ello, los literatos fueron de las *Elegías* de Proporcio a las profesías de Saint-Exupéry, y las tiras gráficas se convirtieron en la exaltación apasionada del daguerrotipo y sus pavorosas consecuencias. Culto externo. Catedrales y capillas posas. Interiores para la nostalgia y sus consoladores. Si se perdieron los acentos de mi profesor don Lamberto y de mi padrino el Dr. Nava, también la casa empezó a perder el gusto por la poesía en voz alta y sus paladines. Ergo, pasó lo mismo con la vida familiar y con la vida ajena, con la vida en común de la comunidad en la que nos frecuentábamos los unos contra los otros, dejando atrás los escrúpulos que se requieren para sobrellevar las cargas de la vida de una manera literaria, en la sobremesa de la sobrecena familiar. Así era esto, igual que las revistas musicales llenas de sabiduría carnal.

Con todo, ¿quién me asegura que para no entender jamás a Joyce, haya tenido que dejar de leer a Catalina D'Erzell? O que para no perder la cabeza con las zarandajas de Pound, debí haber encendido la pira con todos los Josés Ges Cruces-Balzaques de mi alma herida?... ¡Bah,... Yo sé bien que perdí la cabeza y sé bien que no podré olvidar que existen millones de almas como la mía, y que no por eso dejaré de encontrar un alma como la mía que entre los escombros de su romanticismo haya visto cómo le cercenan todo aquello que te platicué con el cuchillo de las revistas literarias! Sí, las prosas cintilantes de mi galaxia cultural pertenecen a esa familia de las neurosis contenidas en la neurosis de las familias concertadas,

agolpadas.

iluminadas,

desgarradas, en las aleves

descripciones que esas revistas predicaban para mantener a sus lectores informados de las novedades del mundo rosicler de la intelligentzzzzzzia.

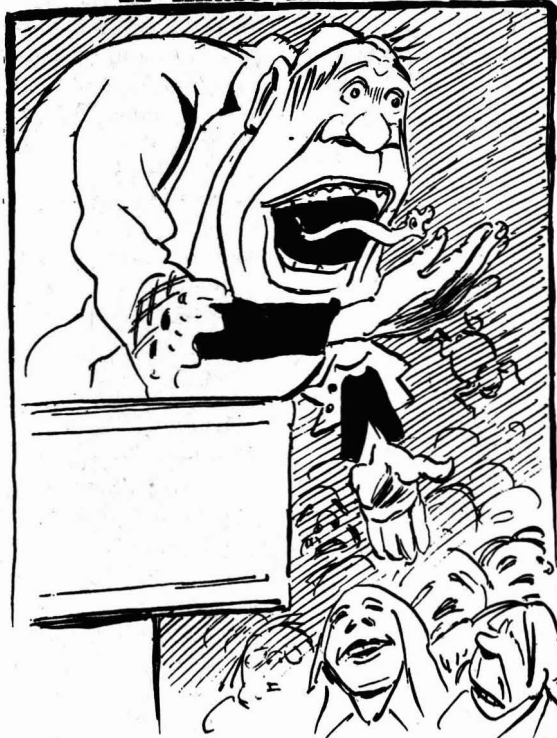
En 1946 —octubre azul tuyo y tan mío—, leo por primera vez la *Revista de la Universidad de México*. Un artículo de Heliodoro Valle refiere su diálogo con Agramonté y en él (en el artículo) ambos ponen a descubierto, descaradamente, la posición de “los hombres de estudio al frente de los problemas nacionales”. *La R. de la U.* y yo cumplíamos entonces sixteen years old. Desde ese punto de vista, ¡qué gorros de personajes!, y séame permitido disentir sin ganas de polemizar, ya que sus palabras pareceme que las había leído antes en *El colmillo público*, donde el gabinete de don Porfirio recogía la inestimable advertencia de que los problemas eran otros. Que los problemas constituiran esa ra-



zón fundamental aducida por los escritores de polendas, que se expresa en la frase sublime de "escribir para el pueblo"; cuando verdaderamente se pretende que el escritor deje de vivir como el pueblo, para que el pueblo aprenda a vivir como viven los escritores. *Res publica*. Por lo tanto, guiso doméstico, inmoderación en el hablar y en el escribir con sofisticada bazarria y categóricas calificaciones.

El colmillo me ayudó a entender los números posteriores a nuestra adolescencia de *La R. de la U.* Literatura, efectivamente, para la ciudad de Dios y no para la ciudad de Atlixco, en la que el *hombre público* vuelvo *hombre de letras* o viceversa expresaba sus preocupaciones por acomodarse lo mismo al estilo literario de moda, que al estado de cosas, que al Estado. La apatía espiritual que se deriva de escribir "para el pueblo" como una obligación, nos hizo alejarnos de la realidad y de sus esencias populares. En fin, que las revistas literarias me plantearon conflictos capaces de conducirme al suicidio; a que se abrumara, como nunca antes, la escasa inteligencia que mostrábamos la revista y yo, por el agudo individualismo que padecen los colegas de los literatos. Fueron tantos los marzcos, los abriles, en que pensé cerrar de un solo navajazo aquel fantasma gris de *El colmillo* en *La R. de la U.* que me seguía torturante, que sólo la hermana, agradecidamente silenciosa como barquilla frágil interrumpía mis depresiones repitiendo obsesiva:

EL MANSO RETOLAZA



Amados hermanos míos: solo la vez de Satan pudo inspirar la independencia de México: legiones de demonios la proclamaron y tendí presente que arden en los apretados infiernos y están anatematizados por nuestra santa religión, los apóstatas Hidalgo, Morelos, Matamoros, etc; el intruso Mina y sobre todos ellos, ese abominable aborto del infierno llamado Juárez.

*A la orilla de la fuente
un caballero pasó
y la rosa, dulcemente,
de su tallo separó.
Rosa, la más hermosa,
la más fragante...*

Jamás se atrevió a salvarme con aquello que, psicoterapéuticamente, me inducía a la separación o a la superación:

*Nunca fue tan servida la condesa
como la vez en que don Luis de Oñate
le ofreció moreliano guayabate
en la misa de doce en La Profesa.
¡Qué bien que el conde del Jaral reía
de la ocurrencia del galán hispano,
que llevaba un jazmín en una mano
y en la otra el almíbar le escurría!*

Reposeros de carrizo y bejucos vieneses bajo los arcos del patio; el revistero literario —*Para ti, El Hogar, La Familia*— con la inclemente ilustración de un desolado corazón de Tchaikowski pirograbado en tal forma que parecía un camarón (el corazón); portarretratos de cintas moradas ocultando remisos los rostros infantiles de sieteañes; algo como una mandolina callada de cenefas guindas suavizaba la picazón del traje marinero o mariquero, no recuerdo. La camisa de charro con un Cedro de Líbano generosamente tricolor bordado en la espalda. ¿Y los sombreros de hongo con uvas en la cabeza de la revista literaria y musical de don Marasmo Martínez? ¿Y los gorros frigos de la Señorita Independencia? ¿El traje de pendejuelas (¡lentejuelas, pendejuelo!),... La faja de Mme. Alcofibras que jamás leyó una sola de sus cuatromil revistas literarias, atenta como se pasó la vida a la mano de metate que le andaba por donde te prometió? La nostalgia bruñida de los caireles oroseda que nunca pasaron revista literaria; el resuello entrecortado del no-se-meta-en-lo-que-no-le-importa,... la laceria del perro agradecido y el dolor de ya no ser... El no poder advertir la condición del otro porque en las revistas literarias nunca pudimos descubrir la propia. Las letras como ropones bautismales de charmés y de encaje de bolillo, colgados en las armazones de los cajones de ropa para ocultar las faltas de existencia. Iguales esos ropones a las reses abiertas en canal de la carnicería *La concha de oro*, igual que enciclopedia literaria con hilazas de sangre.

El rostro de los poetas se pierde en el beso suavísimo que se dan a sí propios, adhiriendo sus labios al espejo empañado de la literatura. Inconfeso y peregrino beso que a los cinco, a los cincuenta, a los quinientos años se de el poeta a sí propio, como si lo ofreciera a sus hermanos. *La R. de la U.* ¿Novedades teatrales? Pocas, por no decir ninguna.

En CADAC, Octubre de 1980